

INSTRUCCION PARA LA MUJER

REVISTA QUINCENAL

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes.

LIGERA IDEA

DE LAS BELLAS ARTES EN SU DESARROLLO HISTÓRICO.

IV.

La escuela alemana se divide en belga, holandesa y flamenca: distingúense en ellas Van Dik, Juan de Lorena y Cláudio de Lorena, notables por sus paisajes.

La escuela española se divide en sevillana, granadina y valenciana. La primera tiene por maestro á Velazquez, un génio en la energía y propiedad del dibujo, hasta el punto de haber quien le haya considerado como el iniciador del realismo en el arte. Su cuadro de los borrachos es un asombro del que le contempla. Murillo, fundador de la escuela granadina, es notabilísimo por sus vírgenes á las que presenta con tal delicadeza y dulzura en las líneas y en el color, que parece que está ausente de sus cuadros toda idea humana; son tan aéreas, tan divinas, que el espíritu, la idea de lo inmaterial, no podía representarse con formas más sublimes y perfectas.

Juan de Juanes, representante de la escuela valenciana, es otro génio en el divino arte que nos ocupa.

La escuela francesa tiene falta de originalidad y se resiente de la ligeroza de su carácter con que marca todas sus obras de arte.

En los tiempos presentes están muy en baja las acuarelas. Sin dejar de conocer el mérito de muchas de ellas, el género mismo

de esta clase de pintura demuestra alguna decadencia. El colorido de las acuarelas es fuerte, chillon, y las medias tintas, el claro-oscuro, no puede perfeccionarse para llegar á los suaves contornos, sombras y perfiles de la pintura al óleo. Esta vivirá siempre y las grandes concepciones del génio, los rasgos sublimes de la inspiración, se manifestarán en el mundo del arte bello por medio de la pintura que usaron los grandes maestros de los siglos XVI y XVII

La música es un arte superior á los anteriores, se vale de un medio inmaterial de expresión que es el sonido, representa lo sucesivo en el tiempo y se encuentra mayor belleza en el segundo momento artístico, porque entónces es cuando formamos idea de la unidad.

La música se dirige al puro sentimiento, y como éste, más ó menos desarrollado, lo poseen todas las personas, tiene un general atractivo y una gran influencia moral y áun física. La música temple ó exalta las pasiones según su género; pero siempre pasiones nobles, generosas y levantadas. Temple la ira y dulcifica las costumbres; por eso no es de extrañar que todos los pueblos, en todas las épocas, hagan uso de la música más ó menos perfeccionada según el estado que presente la sociedad.

En la India y en la China la música constaba de cinco tonos y sus instrumentos eran placas y membranas. Nosotros no comprenderíamos su música, tal vez no encontraríamos la armonía ni áun el ritmo. Se necesita

para ello una educación especial. En el Egipto tuvo más desarrollo y los hebreos tomaron de este pueblo su música, elevándola á un grado muy superior. La Biblia nos habla desde muy antiguo del arpa de David, de las cítaras y salterios con que acompañaban los cánticos religiosos, ó los guerreros, cuando sus vírgenes salían á recibir los ejércitos victoriosos.

La música griega, como todas las artes en este país, llega á un grado de esplendor que no es dado imitar á ningún pueblo de su tiempo. Aun en sus fabulosas tradiciones oímos hablar de la lira de Orfeo que amansaba las fieras, de la de Tirteo que infundía valor y entusiasmo con sus cantos guerreros.

Pasados ya los tiempos fabulosos nos encontramos con Pitágoras que hizo ensayos científicos musicales y que inventó el monocordio. Después, posteriormente, la música griega se dividió en música romana y cristiana y se servían de letras para expresar los signos musicales.

La música cristiana toma ya un carácter regular hácia el siglo IV y comienza el canto llano; después se la dió el nombre de música gregoriana.

En el siglo XVI, Palestrina elevó la música á una prodigiosísima altura, sobre todo la música religiosa á la que sabía imprimir una gran sublimidad en medio de su sencillez, y tal magestad y grandeza que demostraba desde luego el alto objeto á que se la destinaba. Hasta el siglo XVIII no adquirió importancia entre nosotros.

La ópera nace en los siglos XVIII y XIX y es el conjunto más armónico, bello y completo que se puede presentar en las artes. La música instrumental y la vocal, unida á la poesía, forma ese hermoso conjunto.

En la época moderna se distinguen las escuelas italiana, alemana, española y francesa.

En la música italiana predomina la melodía, es propia para expresar los afectos

dulces y tiernos del alma, los momentos del entusiasmo, las alegrías puras y sencillas de los sentimientos. Como representantes de estas escuelas tenemos á Rosini, Mercadante, Vellini y Donizzeti.

La escuela alemana es propia para expresar lo sublime, las luchas del espíritu, las armonías de la naturaleza, la oración sublime y severa dirigida al Omnipotente por todo un pueblo. Los representantes de esta escuela son Ahidin, Mozart, el católico que tanta sublimidad supo dar á la música religiosa, Bethowen y Meyerwer, notable por sus fugas, sus conciertos y melodías.

La escuela española no está aún bien caracterizada, recoge las influencias de las escuelas italiana y alemana amoldándolas al carácter particular de nuestro pueblo, mezcla de alegre y sério, rico de imaginación y entusiasmo; pero siempre con un tinte de dulce melancolía.

La escuela francesa es una mezcla de las anteriores; pero también con su carácter peculiar de marcada ligereza. Este carácter ha dado lugar al nacimiento de un monstruo en el arte que pervierte el gusto, el sentido y la moralidad: este monstruo es la ópera bufa.

Sin embargo de esto los franceses tienen un compositor notabilísimo, de tal modo, que sus composiciones pueden confundirse con las de las escuelas italiana y alemana; este gran compositor es Auver.

CARMEN ROJO Y HERRAIZ

EDUCACIÓN FÍSICA DE LAS NIÑAS.

EJERCICIOS FÍSICOS Y JUEGOS.

(Conclusion.)

IV.

Entretengamos ahora á las madres con un asunto que sólo traerá á sus almas el recuerdo de imágenes graciosas. Queremos hablarles de los juegos de las niñas pequeñas, tema tan encantador para el poeta como sério para el higienista que, atento á cuanto puede servir á los intereses que defiende, encuentra en él materia para reflexiones y consejos útiles. «El niño, hemos dicho antes de ahora, (1) no vé en sus juegos más que un atractivo, y haciéndolo así está en su papel, está también en el suyo su madre viendo en ellos un medio de educación de los sentidos, de desenvolvimiento de los miembros y de perfeccionamiento de las formas del niño. El atractivo del movimiento y el poner en ejercicio sus nacientes pasiones, son los dos móviles, físico uno y moral el otro, que impulsan al niño hacia el juego, con una impetuosidad que hace fruncir el entrecejo al preceptor moroso, pero por la que el higienista siente una indulgencia interesada: por otra parte, no sería difícil demostrar que todos los juegos satisfacen una necesidad física ó moral, y tienen ventajas ó inconvenientes bajo uno y otro de estos dos puntos de vista. Habría ciertamente una exageración indiscreta de parte del higienista que quisiera reglamentar de una manera absoluta los juegos de los niños. El atractivo y la espontaneidad que de ellos procede, son una condición que domina á las demás, y no es conveniente que el niño, inclinado por una orden hacia tal ó cual juego, esté esperando á ver el *mandato que le ordene divertirse*; pero puede ejercerse esta dirección sin que él la sienta. El gran arte de la educación es conducir á los niños á querer lo que les es útil, y por este medio tender celadas bien intencionadas á sus deseos; y cuántos recursos no tiene la imaginación de las madres bajo este concepto!»

Lo que decimos de los juegos en general, y hecha abstracción del sexo á que se refieren, podemos decir de los juegos de las niñas. Una parte importante de la educación física se halla contenida en esos ejercicios en que el atractivo impresiona sobre todo, pero cuya utilidad merece también llamar la atención.

Los juegos no tienen una acción única por la que puedan especificarse con precisión; pero tienen al

ménos una acción dominante que puede servir para clasificarlos entre sí. Nosotros los ordenáramos desde luego en los siguientes grupos:

- 1.º Juegos que favorecen el desenvolvimiento y la armonía de los músculos;
- 2.º Juegos que desarrollan la agilidad y la destreza;
- 3.º Juegos que sirven á la flexibilidad y la gracia de las actitudes;
- 4.º Juegos que interesan á la educación de los sentidos;
- 5.º Juegos que ejercitan las diversas facultades del espíritu, y
- 6.º Juegos que contribuyen á desenvolver el *sentido maternal*, así como lo que llamaríamos el *sentido doméstico*: nos explicaremos luego acerca de esta palabra.

Hé aquí una clasificación, que aunque no la demos ciertamente por irreprochable, tiene su utilidad práctica, y la sostendremos hasta que se haga otra ménos imperfecta.

I.—Entre los juegos de las niñas pequeñas que son propios para ejercitar los músculos, colocaremos los que tienen por base la marcha, la carrera más ó ménos veloz, ó los esfuerzos de equilibrio. A este propósito, no haremos más que citar esos juegos, variados en cierto modo al infinito, en que es preciso llegar antes que los otros, tomar un lugar disputado, evitar una agresión, dar un golpe de presteza ó de rapidez: tales son, por ejemplo, los llamados los *Vecinos*, el *Escondite*, el *Lobo y la Majada*, las *Cuatro esquinas*, etc., nombres mágicos, cada uno de los cuales evoca un cuadro que nos trasporta á ese pasado encantador que nuestros hijos resucitan á nuestros ojos; tal es también el del *Marro* (en francés *jude barres*: es parecido al que llaman de *Moros y Cristianos*), que pertenece, sin duda, más especialmente al sexo masculino por sus pasos guerreros, pero en el que las niñas no se desdeñan ménos, nuevas *Atlantes*, de ensayar la rapidez de su carrera. Conviene á la solicitud de las madres no dejar que este juego se prolongue hasta un límite tal que el cuerpo se empape en sudor y el corazón lata con impetuosidad. Entre esos juegos en que la carrera es el principio, hay uno por el que el higienista debe tener una predilección particular: nos referimos al *juego del aro*. Las niñas le profesan un verdadero culto, y el cuidado de dirigirlo previene contra el engolfamiento en una carrera muy rápida. Por otra parte, este es un juego á la vez que de destreza, de ejercicio muscular, y por consecuencia, su utilidad es doble.

La parada de pié parece un reposo, pero la experiencia enseña que no puede, sin una fatiga extrema, prolongarse tanto como la marcha, y hace ver muy pronto que la parada es el resultado de contracciones musculares muy complejas y muy activas. La marcha y la carrera transportan alternativamente la

(1) *Entretiens familiaux sur l'hygiène*.—Paris, 1869, tercera edición, p. 116.

actividad de un músculo á otro; de donde resulta para cada uno una acción intermitente gracias á la cual descansa. La parada, al contrario, exige la acción combinada y simultánea de todos los músculos, acción que impide la flexión de esa especie de palancas constituidas por los miembros y las diferentes piezas huesosas de la columna vertebral; de donde resulta una fatiga inevitable. Los juegos en que el cuerpo está como á la busca de un equilibrio movable, son, pues, extremadamente favorables al desenvolvimiento muscular, en el sentido de que exigen contracciones tan movibles como son rápidas y precisas. La columna vertebral encuentran en ellos, por otra parte, hábitos de flexibilidad que dan mucha ligereza al tronco: citaríamos, como respondiendo á este interés, algunos excelentes juegos que nunca se favorecerán lo bastante, como el de *á pié cojito* y el de los *zancos*, por ejemplo.

No tenemos necesidad de añadir que cuando los ejercicios musculares pueden hacerse al aire libre y en el campo, su provecho higiénico se duplica.

II. Los juegos de *agilidad* tienen por principio ménos la energía que la rapidez de las contracciones de los músculos. Se les puede dividir en dos categorías: los juegos de agilidad fijos y los juegos de agilidad movibles. Nada diremos de estos últimos; los que preceden se convierten, en efecto, en juegos de agilidad, cuando su ritmo es apresurado por placer y por las prescripciones del juego mismo. Entre todos los juegos de agilidad en un sitio fijo, hay uno muy atractivo y muy usado, que recomendamos á las madres vigilen con particular cuidado: hablamos del juego de la *comba*, que constituye un excelente ejercicio cuando las niñas se entregan á él con moderación, y se convierte en un ejercicio deplorable cuando el ardor de la emulación hace que se excedan los límites de esa moderación, como habitualmente sucede. Es positivo que la *comba*, combinando el esfuerzo del salto con el movimiento de los brazos, ejercita útilmente los músculos de las extremidades inferiores, así como los del pecho y los brazos, y arregla singularmente las espaldas, á la vez que tiene la ventaja de ensanchar el pecho y de exigir, en interés del equilibrio, una como comba del tronco hacia atrás. Si se varía el sentido de rotación de la cuerda, se puede saltar tan pronto hacia adelante como hacia atrás, de donde resulta una nueva ventaja bajo el punto de vista de la diversidad de las actitudes, y, por consecuencia, de la multiplicidad de los músculos puestos en juego. El procedimiento llamado de la *Cruz de malta*, en que se cruzan los brazos sobre el pecho en el momento de la proyección de la cuerda, diversifica todavía las actitudes y las contracciones. Hasta aquí, nada que no sea útil; pero este es el juego de que las niñas abusan con gusto, y las dobles y triples vueltas, comparando con esa emulación que consiste en dar el mayor número de saltos que se pueda sin descansar, han hecho nacer más enfermedades del corazón de las

que se imaginan. Se dice que el *pulso es vivo* en los niños, lo que significa que su circulación es singularmente excitable; y se hace todavía mucho más durante las fases de crecimiento rápido, y el aumento de trabajo mecánico impuesto al corazón por la necesidad de hacer frente á los nuevos gastos. Basta entonces hacer marchar á los niños á un paso un tanto acelerado, para verlos fatigados, sin aliento y llenos de palpitaciones. Todo ejercicio muscular exagerado es, pues, inoportuno. Hace unos doce años próximamente, recibíamos en nuestro servicio del hospital de Brest los alumnos de la Escuela de grumetes: extrañándonos la demasiada frecuencia de las enfermedades orgánicas del corazón entre aquellos alumnos, buscamos la causa, que encontramos en los exagerados ejercicios de ascensión por la arboladura, á que se les sometía. Todo cuanto digamos á las madres es poco, para disuadirlas á vigilar de cerca los ejercicios de la comba, de los cuales pueden resultar daños análogos en sus efectos á los que acabamos de indicar. Dejar á las niñas animarse en esa lucha, contar con orgullo hasta tres, y aun cuatro y cinco centenares de vueltas, y desafiar á sus compañeras en este ejercicio, es con mucha frecuencia abrir la puerta á una hipertrofia del corazón.

III. Los juegos que desenvuelven los músculos por el ejercicio y que aumentan su agilidad por la rapidez de los movimientos, se completan con los que les dan destreza, es decir, agilidad.

Aquí se presenta una larga serie de juegos, por los que la higiene no puede tener sino complacencias, y de los que nuestros hijos harían mejor que nosotros la nomenclatura. Designaremos sólo el de la *cometa*, en el que la salud y el golpe de vista hallan una ocasión igualmente útil para fortalecerse: el de las *gracias*, cuyo nombre está muy justificado, y los de la *pelota* y el *globo* (pelota grande), que responden á un atractivo de los más vivos.

La danza científica acompañada, sometida á reglas, tiene su valor en la educación de las niñas, y aun añadiríamos que en la de los niños. No creemos ciertamente con el maestro de baile del *Bourgeois gentilhomme*, que « todos los males del hombre, todos los contratiempos de que están llenas las historias, los errores de los políticos y las faltas de los grandes capitanes, todo proviene de la falta de saber bailar; » pero vemos en este ejercicio un procedimiento de higiene, un medio de domar los músculos y de rectificar las actitudes, y creemos que hay ya en esto, sin hablar de los atractivos que ofrece más tarde, razones suficientes para enseñar el baile á los niños. Así lo pensaba Platon, que quería que se enseñase en su República. Los admiradores del arte que han ilustrado los Pylade, los Bathylle y los Vestris, y al que Enrique IV y Luis XIV concedían los estímulos de sus reales cabriolas, se lamentan de la decadencia de la coreografía moderna: la danza, según ellos, se ha

tornado en un mecanismo frío y acompasado, en vez de ser una mímica apasionada; la trivialidad y la insignificancia han reemplazado en ella al movimiento y la distinción; los pasos están faltos de nobleza y las piernas sin alma. Esto es posible, mas lo que es preciso retener y lo que quedará, son esas danzas alegres que se saben sin haberlas aprendido, y en las que han rodado nuestros juveniles años; danzas que son dirigidas por los alegres coros de los viejos estribillos, tan caros al corazón, y las rondas de los niños en que la voz y los piés se entregan á cual más al placer, por lo cual se repiten cien veces.

IV. Pero la alegría no es todo, por más que sea mucho: es preciso también pensar en la educación de los sentidos, de los cuales ha dicho ingeniosamente un gran anatómico alemán, Meckel, que son puentes echados entre nosotros y el mundo exterior. Convenidos; pero es preciso al menos que esos puentes sean sólidos, que puedan prestarnos buenos y dilatados servicios, para lo cual es menester no cargarlos con exceso, no fatigarlos sin necesidad, é impedir que amenacen ruina; se necesita, en una palabra, cuidarlos. Nuestros sentidos son instrumentos que la educación debe y puede perfeccionar. Nosotros venimos al mundo con una capacidad visual ó auditiva representada por 10, por ejemplo; pues este es un capital que fructificará ó se menoscabará en manos de quienes nos eduquen. La educación de la vista y del oído se realiza mal. De 10 miopes, hay 5, cuando no más, que no debieran serlo, y adquieren este vicio por el hábito de mirar los objetos de muy cerca y por un defecto de gimnástica de este sentido. Convendría que los fabricantes de juguetes, tomando su papel en serio como el *Caleb* de Dickens, los inventasen que fuesen susceptibles de alargar el alcance de esos dos sentidos. La idea fecunda de no realizar un juego que no sea un medio de educación, pudiera, por otra parte, revelar singularmente un arte que tiene su importancia, y al que el higienista puede, sin rebajarse, consagrar sus meditaciones.

Pero todavía hay otra cosa en los juegos cuando se sabe aprovecharlos bien: hay en ellos medios de desenvolver tal ó cual facultad del espíritu, como, por ejemplo, la memoria, según sucede en esos juegos que obligan á retener un número de frases ó de palabras y á repetir las; la imaginación, como acontece en el de la *Primera* ó la *Última sílaba* y en el de las *Palabras prohibidas*; la penetración de espíritu, como en las *Charadas* y todos los juegos de adivinanzas; el juicio, como en las *Comparaciones*, los *Por qué*, etc. ¡Qué admirable escuela, donde el maestro no aparece y en donde la voz ragañona es reemplazada por el atractivo!

V. El último punto de vista bajo el cual debemos considerar los juegos, es el desenvolvimiento de lo que llamaríamos el *sentido maternal* y el *sentido doméstico*.

En los juegos es donde se reflejan ya todas las escenas de la vida, que el contraste de los sexos pone principalmente de manifiesto.

De un lado tranquilidad, caricias, vida ya íntima y retirada; de otro, juegos ruidosos y sonoros, ejercicios arriesgados, en los cuales la agilidad, la fuerza y la destreza juegan el papel principal; gusto por aventuras ruidosas, competencia futura de honores y posiciones, revelada ya por la competencia en el juego de las barras ó en el del billar; militarismo incipiente, yendo á reclutar sus armas en todo un arsenal infantil; ruido, movimiento, lucha, emulación, instintos de dominación: tal es el dominio de los juegos en los que se anuncia la virilidad.

La niña, ser ya animado y destinado á serlo más todavía, busca por el contrario, los juegos en que puede ejercitar esta facultad naciente: amistades infantiles y fraternales, trabajos de aguja, juegos sedentarios y sosegados; caricias y adornos prodigados á esos vanos simulacros de la forma humana, con los que la niña «preludia el dulce oficio de madre» y hace una graciosa incursión en el porvenir: hé aquí otras tantas revelaciones. M. Michelet ve en la muñeca, «esa hija de nuestra hija»; el indicio de un primer amor. Nosotros no lo creemos así; este indicio lo es de alguna cosa que está más alta y vá más léjos; es el vago instinto de la maternidad animándose y ensayándose ya; es como el aviso de ese sentido casi divino muy superior al otro en pureza y en desinterés. No es una amante de cinco años la que se entretiene con su muñeca, es una madre; y ¡desgraciada el día de mañana la niña que no haya amado y mecido á ese ídolo de cartón!

La muñeca es una iniciación, pero no lo son menos los juegos mediante los cuales las *Penélopes* de cinco años dan indicio del *sentido doméstico*, se habitúan á vestir y desnudar al precursor inanimado del niño que nacerá más tarde; arreglan, con una simetría inteligente, las tablas de sus armaríos liliputienses; meditan sobre los fogones de sus juguetes los primeros problemas de la cocina, y se habitúan por recepciones infantiles y simulacros de convites, á esas relaciones del mundo que serán más tarde el dominio de su graciosa actividad. Todo esto es bueno, todo ello es útil; y cuando se piensa en el poder de las primeras impresiones sobre la dirección de las ideas y sobre las inclinaciones, no se juzgan inútiles esos juegos que hacen despuntar la vocación por los cuidados maternales y el gusto por el gobierno de una casa. ¡Pudieran las niñas encontrar las mismas dulzuras, sin mezcla alguna de sinsabores, cuando la ficción sea reemplazada por la realidad!

VI. Como se ha visto, si los juegos se escojen y dirigen bien, desempeñarían un papel muy grande en la vida de las niñas; por lo que el ideal de la instrucción debiera ser el de no aplicar nunca sus procedimientos sino disfrazados bajo este amable subterfugio. Pero está léjos de ser así: se aíslan el cuerpo y el alma

como á dos enemigos hurafios, siempre dispuestos á despedazarse cuando se les aproxima; no se les permite apenas que se vean; se les educa separadamente á la manera de niños de condición desigual, en vez de hacer que vivan juntos y con familiaridad y que sepan conllevarse; y con todo ello sus intereses, que siem- pre deberían concordar, se hacen antagónicos.

Las ventajas de los juegos son múltiples, pudiendo resumirse de este modo: los juegos hacen nacer y alimentan la alegría, ese admirable medicamento para los niños; ejercitan el cuerpo; instruyen sin tener tales pretensiones, y crean relaciones sociales en miniatura. Hé aquí muchas ventajas; pero no se desenvuelven en su plenitud sino á condición de que el juego sea libre (*libre y vigilado*, ha dicho muy bien Mr. Dupanloup); que ofrezca bastante atractivo; que responda, por su variedad, á la apasionada movilidad de los niños, y en fin, que se le someta á esa medida fuera de la cual las cosas mejores se tornan malas.

Hemos hablado desde un principio de la dirección de los juegos de los niños, cuidado de que nunca debe abdicar una madre; pero teniendo en cuenta que el gran arte de este gobierno tan pío está en no aparecer, pues la alegría se ahuyenta con presteza al primer recelo de sujeción: huye como una ave espantada, y los mejores educadores de niños no harían nada mejor que imitar los procedimientos de los domesticadores de pájaros. Tomar parte por sí mismo cuando pueda hacerse, en los juegos de los niños es el medio de ejercer eficazmente la autoridad, aparentando desatenderse por completo de ellos. Hemos visto casas de educación donde un batallón de niñas hacia evoluciones á la prusiana bajo la dirección fría y acompasada de ayudantas que no levantaban la vista de un libro más que para hacer llamamientos al orden, que llovían espesos como el granizo, fríos y secos como el cierzo. La alegría se helaba en esta atmósfera, y todo se reducía á paseos simétricos en los que la lengua usurpaba, no sin inconvenientes tal vez, la agilidad que debieran haber tenido los demás músculos. Con semejante sistema, ¡adios el atractivo y adios la salud! También hemos visto casas sometidas á un régimen más inteligente, en las que se asociaban estrechamente en juegos comunes maestras y alumnas, con lo que la expansión ganaba, sin que por ello perdiese nada la autoridad. Esta feliz conciliación es todavía más fácil cuando se realiza por una madre, en cuyo caso hace nacer y alimenta entre esta y su hija esa confianza que, como diré más adelante, es el nervio de la educación, de la educación moral como de la física, y también ese afecto, condescendiente por un lado, sumiso por otro, que es el más seguro, como el más gracioso de los afectos femeninos. La madre aconseja intencionalmente el juego que es posible ó que es útil; determina, sin aparentarlo, su extensión; arregla equitativamente las diferencias, con lo que de paso da una lección, aquí de justicia, allá

de mundo, más allá de templanza; y con todo ello, la gota de agua hace su oficio sobre la piedra dura del carácter, y la educación, impulsada por el placer, ha dado sin que pueda dudarse, un pequeño paso hacia adelante.

Más sólo por la reunión de niños de la misma edad hay juegos verdaderamente atractivos; la madre es un lazo entre los niños, pero no puede suplirlos. El gran arte de hacerse pequeño es difícil de practicar, y conviene, sobre todo para las niñas educadas en el hogar doméstico, que encuentren en compañeras de su edad y de su educación ocasiones de emulación, y para pulimentar las asperezas de su carácter. Esta elección, hecha con frecuencia á capricho de los niños ó por el azar de las relaciones, es un asunto de importancia, no debiéndose olvidar al hacerla que los niños tienen un singular poder de imitación. un gesto desagradable, una flexión de voz más ruda que de ordinario, un deseo expresado sin motivo ó en términos reprochables, es con frecuencia el resultado de una hora de juego con una compañera cuya dirección es mala. La niña, se excede más todavía que el niño en esos reflejos. Se evitan estos inconvenientes escogiéndole buenas compañeras; y aunque sabemos bien que la elección no es siempre libre y que las necesidades sociales deciden sobre este particular las más de las veces, es necesario mirar este punto tan de cerca como sea posible. Las buenas maneras sin afectación; la sencillez, esa virtud de los niños; el espíritu de sumisión; la distinción en el modo de conducirse y en el lenguaje, son, aparte de los sentimientos, las cualidades que una madre debe buscar en las compañeras de sus hijas; y del mismo modo que cuando uno quiere casarse es preciso estudiar ménos á la joven que se busca, que á la madre que la ha educado, así también, el valor de los padres, bajo el punto de vista de las costumbres, de la educación y de la distinción, debe guiarnos principalmente en la elección de los niños que tratemos de introducir en la intimidad tan útil ó tan dañosa de esos juegos.

La afinidad de la edad es una condición de seguridad al propio tiempo que un motivo de abandono y de placer. Debe evitarse dar á las niñas compañeras que excedan de la edad que confina con la adolescencia, pues de lo contrario se las haría amaneradas y tal vez se las expondría á revelaciones por lo ménos prematuras y que, por otra parte, corresponde hacer á la madre. Esto es un punto más serio de lo que se piensa.

La cuestión de la unión de los sexos en juegos comunes, es ménos importante en esta edad que lo será más tarde, pero no debe desdeñarse por completo. La diferencia de gustos, que más arriba hemos indicado, constituye una especie de salvaguardia feliz contra esa confusión: los tambores y las bolas atraen á los años, y las muñecas y los pequeños menajes de casa á las niñas, pues la niña, destinada á sufrirlo más tar-

de, no gusta del yugo anticipado que con maneras autoritarias le impondría el niño de buen grado. La necesidad del movimiento y la alegría reúnen con frecuencia á los dos campos; pero apenas dura esta reunión, y cuando se prolonga, es menester estar á la mira para esquivar el contagio de la impetuosidad ó demasiada viveza y después, y sobre todo, los inconvenientes fortuitos de una inmodestia inconsciente, pero que debe evitarse.

J.-B. FONSSAGRIVES.

Por la traducción: P. DE A. G.

GRECIA.

LEYENDAS Ó FÁBULAS HERÓICAS.

A los ojos de un griego, la idea del culto estaba íntimamente unida á la de sus antepasados; cada tribu ó pueblo se imaginaba descendiente de un antiguo progenitor, que era, ó bien el Dios que ese pueblo adoraba, ó algun ser semi-divino estrechamente relacionado con él. Cada griego gustaba de elevarse hasta sus dioses á través de una larga línea de antepasados, creando así una genealogía llena de espléndidas empresas y grandiosas aventuras. Esas genealogías constituyen la supuesta historia primitiva de la Grecia: pero es imposible discernir exactamente la parte de verdad y de realidad que en ellas se encierra al lado de sus rasgos fabulosos. El número de esas fábulas ó narraciones heróicas es muy considerable; pero nosotros nos limitaremos á dar aquí idea de algunas de las que más íntima conexión tienen con la historia del pueblo griego.

La maldad de los hombres, dice una de las leyendas, obligó á Júpiter á enviar sobre la tierra una terrible é incansable lluvia, que sumerjió á la Grecia entera bajo las aguas, excepto algunos altos picos de las montañas. Deucalión, hijo de Prometeo, se salvó, sin embargo, juntamente con su mujer Pyrrha, metiéndose en un arca que su padre le había mandado de antemano construir; esta arca, después de flotar sobre las aguas por espacio de nueve días, se posó por fin en la cima del monte Parnaso. Deucalión entonces rogó á los dioses que le enviasen compañía, y Júpiter, accediendo á ello, les ordenó á él y á su mujer Pyrrha que arrojasen piedras hácia atrás por

cima de sus cabezas: hicieronlo en efecto, y las que arrojaba Pyrrha se convertían en mujeres, y las que arrojaba Deucalión en hombres. De este modo se formó en breve un pequeño estado en la Tesalia, sobre el cual reinaron tranquilamente ambos esposos. Uno de los hijos de esta pareja fué Heleno, progenitor de los helenos; creíase, no obstante, por muchos que Heleno era hijo de Júpiter, y no de Deucalión. Heleno tuvo de una ninfa tres hijos, llamados Dorus, Xuthus y Eolus. Este último heredó los dominios de Tesalia; pero sus descendientes ocuparon una gran parte de la Grecia central y se difundieron extensamente, con especialidad por las costas. Dorus y sus descendientes ocuparon el país situado al Norte del golfo de Corinto. Xuthus recibió el Peloponeso, y tuvo dos hijos, Aqueus y Jon, progenitores de los aqueos y jonios. Así, las cuatro grandes ramas de la raza helénica se hicieron dueñas de toda la Grecia, desapareciendo ante ellos ó incorporándose con ellos los primitivos habitantes pelásgicos. Los dorios y los jonios se hicieron en los tiempos históricos las dos razas principales, representadas, la primera por los espartanos, y la segunda por los atenienses; pero en las antigüedades heróicas eran los más distinguidos y guerreros (1).

Las primeras generaciones del pueblo así establecido en Grecia, constituyen la llamada raza heróica, y el período en que vivieron se denomina edad heróica, época en que, según la creencia de los griegos posteriores, se llevaron á cabo en el país empresas sobre humanas por aquellos hombres heróicos, siendo

(1) Bajo estas relaciones fabulosas se oculta un fondo de verdad, que es el siguiente: Los pelásgos eran los primitivos habitantes de la Grecia, y tenían inclinaciones pacíficas y tranquilas, siendo dados á la agricultura y estando ya en aquellas remotas edades, bastante adelantados en la civilización, como lo prueban los notables restos de sus construcciones hidráulicas, muros ciclopeos y otras semejantes obras. Es también de notar que los pelásgos, esparcidos igualmente por el Asia menor, las islas del mar Egeo y otros puntos, conservaban aún en sus instituciones, usos y otros pormenores, mucho del carácter oriental. A la dominación pelásgica sucedió en la Grecia la de los helenos. Acerca del origen y naturaleza de éstos, se ha discutido mucho: lo más seguro es que tenían estrecho parentesco con los pelásgos ya fuesen, en el seno de éstos, la casta guerrera que se levantó y los subyugó, ya estuvieran con ellos en cualquier otro género de relaciones. De todos modos, los helenos, originarios al parecer de las comarcas setentrionales griegas, ocuparon y dominaron sucesivamente toda la Grecia, mientras los pelásgos en parte emigraron, en parte se sometieron y fueron mezclándose sucesivamente con los vencedores. Los helenos eran de un carácter más resuelto, militar, innovador y original que los pelásgos, pudiendo creerse que con ellos comenzó la Grecia á desplegar genio propio.

Entre las tribus helénicas, los aqueos se establecieron en el Peloponeso oriental y la Tesalia; los colios en la Fócide, Laconia, Mesenia y varias islas; y los jonios en la Egiptea, Atica y otros sitios, quedándose los dorios en las regiones setentrionales, hasta que mas tarde invadieron el Peloponeso, que quitaron á los aqueos: este suceso se conoce imprópiamente en la historia con el nombre de *evacuación de los heracidas*, merced á una tradición que se refiere en el texto.

entonces frecuente la intervención directa de los dioses en los asuntos de los mortales. Dos de esos héroes, Hércules y Teseo, son tan notables, que merecen en este lugar una especial mención.

Hércules, el mayor de todos los héroes griegos, era hijo de Júpiter y de Alcmena, esposa de Anfitrion, rey de Tébas en Beocia, que le adoptó como su propio hijo. Por una extratragema de Juno, Hércules fué privado del imperio que Júpiter le había destinado como descendiente de Perseo y que se transfirió á Euristheo, otro nieto de Perseo. La misma diosa envió dos serpientes para que le dieran muerte en la cuna; pero él, aunque tan niño, las ahogó con sus manos. Cuando creció más, fué destinado á acompañar á Anfitrion á caza; en ella encontró á un terrible león, al cual dió muerte, llevando desde entonces su piel por adorno, y su cabeza por yelmo. Los dioses le hicieron regalos de armas, pero él llevaba usualmente una inmensa maza que había cortado por sí mismo en los bosques de las cercanías de Nemea. Después de varias aventuras consultó al oráculo de Delfos acerca del punto en que debería establecerse, y el oráculo le dijo que viviera en Tyrius y sirviera á Euristheo por espacio de doce años, transcurridos los cuales se haría inmortal. De aquí se originaron sus doce trabajos, llevados á cabo por mandato de Euristheo. Tales fueron la muerte que dió á un león del bosque de Nemea, la de la hidra de Lerna, la conquista de las manzanas del jardín de las Hesperides, guardadas por un dragón de cien cabezas, y otras empresas semejantes. Pero en Hércules, como en todos los hombres, vemos también faltas y penas. Habiendo él en efecto dado muerte en un arrebató de pasión á un amigo suyo, fué castigado con una enfermedad, de la cual sólo se libertó cayendo en otra servidumbre y convirtiéndose en esclavo amoroso de Omphale, reina de Lidia, que le obligó á hilar lana á sus pies. Después de esto emprendió varias aventuras guerreras y se casó con Dejanira, cuyos celos le condujeron á la muerte. Temiendo en efecto que una de sus doncellas, llamada Yole, robara el afecto de su marido, dió á éste una túnica impregnada de un líquido que creía tendría la virtud de asegurarla el cariño de su esposo; pero ese líquido era un veneno violento, y no bien se la puso el héroe, cuando empezó á sufrir tormentos atroces: en vano procuraba quitársela; estaba adherida al cuerpo, y se llevaba la carne tras sí. Queriendo él, al ver esto, apresurar su muerte, después de decir á su hijo Hyllus que se casara con Yole, subió al monte, levantó una gran pila de madera, se colocó sobre ella, y mandó que la prendiesen fuego. Mientras estaba ardiendo, descendió una nube del cielo y se le llevó entre el estruendo de los truenos al Olimpo, donde realizó el dón de la inmortalidad, se reconcilió con Juno y recibió la hija de ésta, Hebe, en matrimonio. Hércules fué, pues, adorado por los griegos como un dios y como un héroe: los sacrificios que se le ofrecían

consistían principalmente en toros, berracos, carneros y corderos.

Después de la muerte y apoteosis de Hércules, sus hijos fueron perseguidos por Euristheo: los atenienses les ofrecieron asilo, y Euristheo invadió el Atica, pero pereció en la empresa. Sus hijos cayeron también después de él, de modo que los heraclidas (descendientes de Hércules) quedaron como los únicos representantes de Perseo. Hicieron entonces un esfuerzo para recobrar su legítima herencia, pero se encontraron en el istmo con las fuerzas combinadas de los jonios, aqueos y arcadios, que habitaban el Peloponeso. Hyllus, el mayor de los hijos de Hércules, propuso, al ver aquella situación, terminar la contienda por medio de un combate singular, cuyas condiciones eran que, si él vencía, los heraclidas serían reintegrados en las posesiones de Perseo; y si quedaba vencido, aplazarían el intento de lograr sus pretensiones para cien años más adelante. Aceptado el trato, Hyllus fué vencido y muerto, á consecuencia de lo cual, los heraclidas se retiraron y vivieron con los dorios bajo la protección de Eginio, el hijo de Doso, hasta que llegara el plazo estipulado.

(Se concluirá).

J. A.

CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES.

Muchos creerán, seguramente, que si se hiciesen desaparecer todas las desigualdades, todas las elevaciones que cubren la superficie de la tierra, ésta sería completamente plana, lo cual es un error.

La tierra tiene precisamente una forma aproximada á la de una naranja. Es una esfera un poco aplastada en dos puntos opuestos. Las montañas más elevadas que se encuentran en su superficie son menos considerables, proporcionalmente á su volumen, que lo son para una naranja las pequeñas desigualdades que notamos sobre su piel. La tierra es redonda, y para probarlo, daremos á conocer algunas de las razones que justifican nuestro aserto.

Quando desde las orillas del mar se mira con ayuda de un antejo á un barco que se dirige hácia las costas, no se distingue desde luego más que la punta de los palos; después, á medida que el barco se aproxima, se perciben las velas, y en fin, el cuerpo,

mismo de su caso. Del mismo modo, si el barco se aleja de la ribera, se vé desaparecer desde luego su parte inferior, después las velas, después, en fin, la punta de los palos.

Si la tierra fuese plana, el sol iluminaría á la vez á su salida todas sus partes; pero ésto no sucede así. Cuando es de día sobre una parte de la tierra, es de noche en la otra; cuando es cierta hora en un país, no es la misma en otros. Supongamos que un viajero parte del lugar en donde estamos, y que su reloj, perfectamente arreglado, no se descompone en el camino; si dirige su marcha hácia el Levante, es decir, hácia el punto por donde sale el sol, á seiscientas leguas de aquí, próximamente, su reloj, que tendrá la misma hora que entónces sea para nosotros, marcará, por ejemplo, el medio día; y sin embargo, en el sitio en donde se encuentre en aquel momento, el sol estará próximo á ocultarse. Supongamos, por el contrario, que este viajero se dirige hacia el Poniente, es decir, hácia el lado por donde el sol se oculta, y que hace otro tanto camino, su reloj marcará entónces el medio día, y, sin embargo, el sol acabará de salir en el país donde se encuentre por el momento. Estos experimentos se han hecho con mucha frecuencia, y no pueden explicarse sino por la redondez de la tierra. Concebimos, en efecto, que, si es redonda, al mismo tiempo que una mitad de su superficie esté iluminada por el sol, la otra mitad se encontrará en la sombra, y si el sol sale ahora para nosotros, hace mucho tiempo que ha salido para los países que están á mil leguas de nosotros al Levante, mientras que no puede haber salido todavía para los que están á mil leguas de nosotros al Poniente.

La tierra tiene cerca de mil leguas de circunferencia. Está á treinta y cuatro millones de leguas del sol, que nos parece tan pequeño á causa de tan gran distancia, y es, sin embargo, un millón de veces mayor que la tierra. La primera vez que se habló de su redondez, muchos se sublevaron contra tal idea, dejándose seducir por una apariencia engañosa. Veamos: Si tenemos un libro, por ejemplo, suspendido encima de la mesa y le soltamos, ya sabemos que caerá por el camino más corto. Ahora bien, ¿qué es lo que hacen los cuerpos al caer al suelo por el camino más corto, es decir, perpendicularmente? dirigirse hácia el centro de la tierra. Así, pues, caer un cuerpo es lo mismo que dirigirse hácia el centro de la tierra. Y bien, ¿podremos creer que los hombres que habitan al lado opuesto al nuestro puedan caer en el cielo y vayan á visitar á la luna ó á las estrellas? Ya comprendemos que están como nosotros, retenidos en la superficie de la tierra y comprimidos hácia su centro. Los sabios llaman *atracción* á esa fuerza por la cual los cuerpos que están cercanos á la tierra parecen atraídos hacia su centro, y determinan las leyes por las que tal fenómeno tiene lugar; pero la causa que pone esa fuerza en juego, no es conoci-

da todavía más que de Dios, que ha impuesto á la materia leyes invariables, á las cuales obedece ésta ciegamente. Pero, continuemos. Es muy común oír decir, y así parece seguramente, que el sol sale por la mañana, recorre la extensión del cielo y se oculta por la tarde, hácia el lado opuesto á aquel de donde ha salido, para reaparecer á la mañana siguiente con poca diferencia, en el mismo sitio. ¿Creeremos, pues, que el sol gira alrededor de la tierra? ¿Creeremos que no se puede explicar el día y la noche más que haciendo girar el sol alrededor de la tierra? Veamos: Si atravesamos una naranja de parte á parte y por su centro con una pequeña rama de árbol, y la exponemos á los rayos del sol, una mitad de ella estará iluminada por su luz, la otra estará en la sombra. Para que todas sus partes estuvieran alternativamente en la sombra y en la luz, ¿sería necesario, mientras que ella permaneciera inmóvil, hacer girar al sol á su alrededor? Hay un medio más sencillo: hagamos girar la naranja sobre sí misma, y en este caso (pasan todas sus partes de la sombra á la luz? Esta naranja es la tierra, que gira sobre sí misma, como la rueda de un carro gira sobre su eje; y este movimiento produce la sucesión de los días y las noches.

Vemos, pues, que se puede dar razón del día y de la noche sin hacer girar al sol alrededor de la tierra. No hace más que trescientos años, poco más ó ménos, que un astrónomo prusiano, llamado Copérnico, y del cual se ha hablado ya en esta Revista, demostró que la tierra giraba sobre sí misma. Cerca de dos mil años ántes que él, un filósofo griego, llamado Pitágoras, había descubierto esta verdad; pero Copérnico ha sido el primero que ha dado las verdaderas pruebas de ella. El, por lo tanto, es el que tiene más derecho á nuestro reconocimiento.

Nosotros giramos con la tierra, y lo que impide que lo notemos es que todo lo que nos rodea es arrastrado con nosotros en este movimiento: pero además ejecuta también otro, dando cada año una vuelta entera alrededor del sol. La tierra gira alrededor del sol lo mismo que un peón que se traslada en el suelo de un sitio á otro, dando al mismo tiempo vueltas sobre sí mismo. Este último es el llamado movimiento de rotación, y aquél es el de traslación. El movimiento de traslación de la tierra es el que produce el fenómeno de desigualdad de los días y de las noches (pues unas veces, como ya sabemos, son mayores los días, y otras lo son las noches), y el fenómeno de las estaciones. Pero no es sola la tierra la que dá así vueltas alrededor del sol. ¡Ah! no: tiene muchos otros astros por compañeros de viaje. Hé aquí los principales: Mercurio, que está á trece millones de leguas del sol; Venus, que está á veinticinco; Marte á cincuenta y dos; Júpiter á ciento setenta y nueve; Saturno á trescientos veintinueve, y Urano á seiscientos sesenta y dos. La tierra, que dista del sol treinta y cuatro

millones de leguas, se encuentra, pues, entre Vénus y Marte.

Todos estos astros se llaman planetas, porque giran alrededor de un centro común, que es el sol, y reciben de él la luz, siendo por sí opacos; pero como se encuentran colocados á distancias más ó menos grandes de ese sol, tardan también más ó menos en dar la vuelta alrededor del mismo. Así, Mercurio, que es el más cercano, da su vuelta en ménos de tres meses; Vénus, en ménos de un año; Marte, en cerca de dos años; Júpiter, en cerca de doce años; Saturno, en veintinueve y medio, y Urano, en ochenta y tres. Parece seguro, que todos los planetas están habitados como la tierra; pero es imposible tener certeza de ello. Por lo demás, si en efecto están habitados, sus moradores deberán de estar organizados de diferente manera que nosotros, para poder vivir en las condiciones que dichos astros les ofrezcan.

Además de los planetas principales que giran alrededor del sol, hay también algunos que giran alrededor de otros planetas, y se les llama satélites. De éstos, tiene Júpiter cuatro, Urano seis, Saturno siete, y además un doble anillo luminoso que le rodea, como una corona, sin tocarle. Pero hablaremos particularmente de la luna, que es el satélite de la tierra. La Luna es mucho más pequeña que la tierra; pero nos parece mayor que los demás astros porque solo está á ochenta mil leguas de nosotros, mientras que los demás cuerpos celestes están mucho más distantes.

La luna, acompañando siempre á la tierra, es arrastrada por ésta en su viaje anual alrededor del sol. Pero además de este movimiento, la luna gira también alrededor de la tierra, de Occidente á Oriente, en el espacio de veintinueve días y medio; y gira igualmente sobre sí mismo, de tal manera, que presentándosenos siempre por su eje, sólo vemos la mitad de ella y nunca la otra mitad. El aparecernos la luna unas veces llena, otras en cuarto creciente, otras en cuarto menguante, etc., etc., depende de su movimiento alrededor de la tierra y del modo con que la hiere el sol.

Explicaremos ahora ligeramente, y en dos palabras, lo que son los eclipses de sol y de luna. Suponad que la tierra, en su movimiento, llega á colocarse entre el sol y la luna; la sombra que hace la tierra dá entonces en la luna, y como ésta no es iluminada por el sol, no brilla, y nosotros no la vemos. Si, al contrario, es la luna la que se coloca entre el sol y la tierra, impide que veamos al sol en todo ó en parte, y hay entonces eclipse de sol.

En otro artículo diremos algunas palabras acerca de los cometas y de las estrellas.

C. DE EGUILAZ.

ROMANCE.

I.

Cuando en el árido mundo
La caridad se levanta,
Y en pos de una noble idea
Con vivido ardor se lanza;
Los milagros que realiza,
Los hondos males que sana,
Son tantos que apenas logra
Contarlos todos la fama.
Ella con gloria y sin miedo,
De santo espíritu armada,
Los peligros acomete
Los imposibles alcanza;
Y con un rayo de vida
Que de sus ojos derrama,
Del corazón los eriales
Cubre de flores lozanas.
Allí, do torpe y confusa
La ciencia del hombre calla,
Con persuasivas razones
Ella elocuente nos habla,
Y unida en estrecho lazo
Con la fé, con la esperanza,
Sus divinas compañeras,
Sus inmortales hermanas,
Los obstáculos destruye,
Lucha, la victoria canta,
Y henchida de buenas obras
Al cielo sus manos alza.
Por ella el sér desdichado,
Víctima de atroz desgracia,
Que en un silencio de inerte
Sin conciencia vegetaba,
Ageno á todo sonido,
Sin comprender la palabra
Que es privilegio sublime
Que al hombre en la tierra ensalza,
Hey con general asombro
Conversa, estudia, adelanta
Y el campo inmenso cultiva,
De su razón rescatada.
Ya no es inútil, ya vive,
Sus horizontes se ensanchan,

La sociedad le hace lado,
 Y un porvenir le prepara.
 Por ella el mísero ciego
 Que en noche eterna moraba,
 Siendo ya desde su cuna
 Para el mundo grave carga,
 También de entre las tinieblas
 Surge, su esfera dilata,
 Y lo que no ven sus ojos
 Lo adivina con el alma.
 Dios que los negros arcanos
 Penetra con su mirada,
 Sabe, con ciencia infalible,
 Del mal horrendo la causa.
 El sabe por qué en el hombre
 Se ceba á veces con saña,
 Desde que al nacer al mundo
 Vierte su primera lágrima.
 El triste mortal en tanto
 Que sólo misterios palpa,
 Inclina humilde su frente,
 De Dios la justicia acata,
 Y adora su Providencia
 Que al permitir la desgracia
 Dió al corazón un tesoro
 Con que poder remediaria.
 Virtud, la mejor de todas,
 Noble caridad cristiana,
 ¿Qué dolor no se mitiga
 Si tú al infeliz amparas?

II.

Absorto en un pensamiento
 Que reposar no le deja,
 Ríca en virtudes el alma
 La faz de entusiasmo llena;
 Un monje benedictino
 Medita en su poble celda,
 Y su penoso trabajo
 En su frente se refleja.
 Brillan sus ojos humildes,
 Arde su noble cabeza,
 Y si un momento vacila,
 Su fé invencible le alienta.
 Cerrados están los libros
 Que tiene sobre su mesa,
 Sin duda porque no alcanzan

A resolver su problema.
 ¿Qué idea su mente absorbe?
 ¿Qué luz, qué doctrina nueva,
 Pugna por brotar triunfante
 De su clara inteligencia?
 Es el monje fiel modelo
 De amor al bien, venera
 Su ardiente piedad, España
 Entre sus hijos le cuenta.
 Ponce de León llámose,
 Venció por fin en su empresa,
 El sordo-mudo á su lado
 Habla, conoce, despierta;
 Y renaciendo á la vida,
 Que ántes á sus ojos era
 Negro caos de ilusiones,
 Saber adquiere y conciencia.
 Tres siglos hace, tres siglos,
 Que de su estancia modesta
 Radió la enseñanza hermosa
 Que hoy se difunde y fomenta.
 Mil admirables prodigios
 Se han realizado por ella,
 Dando á su autor lauro eterno
 Y á su patria gloria inmensa.
 Aquí, (1) do la triste suerte
 De tanto infeliz encuentra
 Cariño nunca engañoso,
 Educación siempre buena:
 Aquí, con gozo del alma,
 Dulces recuerdos se encierran
 De laureles conquistados
 En larga y oscura senda.
 Ora es la patria querida
 Quién los adelantos premia
 De este generoso asilo,
 De esta humanitaria escuela:
 Ora, en inmenso concurso,
 Eslo nación extranjera,
 Cual la fama lo pregona
 Desde la imperial Viena,
 Y hoy mismo, cual triunfo hermoso,
 Cual brillante recompensa,
 Cunde por este recinto
 Digna ovación lisongera.

(1) Colegio Nacional de sordo-mudos y de ciegos.

¡Gloria al mérito que sabe
Corresponder con nobleza,
Pagando en honra sin mancha
Los sacrificios que cuesta!
¡Gloria al poder que protege
Con mano franca y abierta,
De la virtud los afanes,
Los desvelos de la ciencia!

CÉSAR DE EGUILAZ.

CONGRESO PEDAGÓGICO.

Las tareas del Congreso Pedagógico tocaron á su fin. Discutidos los temas en los días señalados por el Reglamento y terminada la discusión de los mismos, se hizo un interesante resumen de todos ellos, en el cual se concretaron y aclararon las afirmaciones, que la falta de tiempo y las circunstancias especiales de los oradores impidieron determinarlas al hacer uso de la palabra. El Sr. D. Mariano Carderera, Vicepresidente del Congreso y uno de los hombres más ilustrados en el campo de la pedagogía, hizo un trabajo verdaderamente notable, resumiendo todos los discursos, trabajo que revela desde luego las altas dotes que le adornan como escritor, pedagogo y orador. Al concluir el resumen fué objeto de unánimes aplausos, así como también al final de cada uno de los principales períodos de su discurso.

Sin perder tiempo se votaron las conclusiones que de antemano estaban ya preparadas, y cuyo contenido hecho á grandes rasgos es el siguiente. Supresión de las Juntas locales en los pueblos y creación de las de partido, bajo la base de una organización facultativa en que tenga representación el magisterio; creación de la Inspección general de primera enseñanza, reorganización de la provincial y creación de la de partidos judiciales; representación de la primera enseñanza en el Consejo de Instrucción pública, así como también que la primera enseñanza sea obligatoria y gratuita, pudiendo los padres de los niños, sin embargo, elegir libremente á los maestros; de igual modo se acordó el trabajo manual en las escuelas de párvulos, la intuición en todas las demás, las lecciones de cosas, los museos escolares y las excursiones instructivas; la preferencia del sistema de jardines de niños sobre el seguido en las demás escuelas de párvulos y la conveniencia de que en estas escuelas se admitan los procedimientos de Froebel; la dirección de las nuevas escuelas de párvulos al cargo de la mujer y la separación de los sexos al ingresar en las escuelas elementales. Del mismo modo se votó la igualdad de todas las escuelas

normales; igual sueldo y categoría para sus profesoras, y que la mujer se encargue de las asignaturas propias de la maestra; que el sostenimiento de estas escuelas corra á cargo del Estado y que los profesores disfruten derechos pasivos; que no se reduzca el número de aquellos establecimientos y que se adopten idénticos procedimientos de educación y de enseñanza que en las escuelas primarias; que se organicen por partidos y provincias las conferencias pedagógicas y se creen bibliotecas y museos; que se permita á la mujer el acceso á otros estudios creando para este objeto establecimientos de enseñanza además de las escuelas normales; que no sea menor de 1.000 pesetas el sueldo de los maestros; igual el de los maestros y maestras y aumento gradual para todos del mismo; derechos pasivos y que corra á cargo del Estado la primera enseñanza y el pago de los maestros, y que se conceda al magisterio derecho propio á la representación de clase en el Senado.

Tales son las conclusiones votadas, unas por mayoría y otras por unanimidad; conclusiones que ponen de manifiesto el espíritu de la clase y que se llevarán á la práctica, si el magisterio unido procura formar la opinión é interesar á los poderes públicos en este mismo sentido, ya que tan propicios se encuentran, siendo una prueba de todo esto el nuevo decreto sobre pagos y otras disposiciones ventajosas que no tardarán mucho tiempo en publicarse.

Después de votadas las conclusiones, subió á la tribuna el Sr. Becerra y pronunció un elocuente discurso, en el que felicitando á los maestros por su primera reunión, reclamó para ellos el interés de las clases todas y en particular del Gobierno, aconsejándole aumentara el sueldo á esos funcionarios que silenciosamente, decía, trabajan la inteligencia de la juventud para asegurar más tarde el bienestar, la riqueza y la libertad de los pueblos. El pueblo más rico, el más grande, el más inteligente y el más libre, es el de los Estados Unidos, porque es el que gasta más dinero en sus escuelas; y que España puede llegar á ocupar un lugar tan distinguido como aquel pueblo, si el presupuesto de Fomento fuera lo que reclaman las necesidades de los tiempos modernos. Dirigió un saludo á Portugal, y concluyó su discurso en medio de los aplausos repetidísimos de todos los concurrentes.

El Sr. Moyano dirigió la palabra desde la Presidencia, y el estado de su ánimo era tal, que en un principio, apenas si le era posible ordenar los pensamientos, dada la emoción de su espíritu, que se tranquilizó derramando lágrimas al terminar los primeros períodos de su magnífico y elocuentísimo discurso.

Al escuchar aquella brillante peroración, creíase oír un detallado programa de gobierno, expuesto con una claridad envidiable, revelando profundísimos conocimientos y una práctica nada común en los asuntos de primera enseñanza. Dijo que la ley del 57,

aunque se llamaba de Moyano, habían intervenido en ella elocuentes patricios y eminentes hombres de Estado, la mayor parte de ellos perdidos para la vida, reclamando para todos los aplausos que el Congreso á él le tributaba. Afirmó que dicha ley, elaborada en circunstancias políticas muy excepcionales, no comprendía todo lo que él hubiera querido, sino lo que en aquel tiempo era posible conseguir, y que no moriría satisfecho ni contento hasta ver asegurado en otra ley el porvenir de las viudas y huérfanos de esos seres desheredados, á los cuales no les queda otro recurso que mendigar el pan de puerta en puerta. (Atronadores aplausos.)

¿No tiene el Estado cubiertas las atenciones de todos sus funcionarios, no solamente en vida sino también asegurado el porvenir de sus familias en ese presupuesto que se llama de clases pasivas? ¿Por qué las viudas de los maestros no han de ser de la misma condición? ¿O es que los servicios de los maestros son de tal naturaleza que no pueden reputarse como productivos, cuando son los que más producen? Aplausos.

Respecto de la mujer, dijo que debiera tener idéntico sueldo que el hombre, supuesto que su misión educadora era idéntica á la de aquél; y tratando de la educación que debiera dársele, se declaró partidario de la que tiene por objeto preparar á la mujer más bien para las labores interiores de la familia que para los trabajos literarios, por más que no podía ni pretendía negar el mérito en la mujer para aquellos trabajos, como lo probaba el mismo Congreso, con los discursos leídos ó pronunciados por las señoras que eran dignos de admiración.

Por último, se despidió de los maestros, manifestando que durante su larga vida política no había disfrutado tanto como oyendo los discursos de sus mejores amigos los maestros de escuela, á los cuales aconsejaba continuaran por el camino trazado en el Congreso, en la seguridad de que la patria les recompensaría en sus familias todos los esfuerzos empleados en la obra santa de la educación del pueblo.

El final del discurso fué objeto de vivas, aplausos, ovación espontánea, bravos repetidos, en suma, no es posible formarse una idea ni aproximada de las manifestaciones de cariño que se le tributaron. Pocos hombres públicos habrán merecido tan señaladas y unánimes pruebas de consideración y agradecimiento como el Sr. Moyano, el cual tan conmovido se encontraba, que no le era posible articular ni una sola palabra, demostrando su agradecimiento con un fuerte apretón de manos.

Después de esto tomó la palabra el general Ros de Olano, Presidente del Congreso, y en un elocuentísimo discurso saturado de pensamientos bellísimos y con una forma tan clara como elegante, dió por terminadas las sesiones, manifestando que ni las glorias militares, ni las recompensas civiles, ni la vida del parlamento le habían dejado tan satisfecho

como el Congreso Pedagógico, tenido por él como uno de los pensamientos más fecundos para la educación del pueblo y reconocido también como la mayor distinción de su vida política. Que por esta distinción viviría eternamente agradecido, y que los cortos años que le quedaban de vida los emplearía en trabajar con el Estado para que las atenciones de los maestros no solamente estén aseguradas, sino mejoradas también con arreglo á lo que significa el trabajo de la educación y á lo que consienten los recursos de la patria.

La terminación de este discurso fué objeto de vivas al Rey, á Ros de Olano, al Ministro de Fomento, al *Fomento de las Artes*, á España, á Portugal, á los obreros todos, á los Presidentes y Vicepresidentes del Congreso, en una palabra, dos mil maestros reunidos y confundidos con los profesores de la *Universidad* y de la Institución libre de enseñanza en fraternal abrazo, han terminado sus tareas en medio de la mayor alegría, despidiéndose hasta que con nuevos bríos y nuevos elementos puedan dilucidar en otra pacífica lucha las mil y mil cuestiones que en lo sucesivo han de ser materia obligada en futuros Congresos Pedagógicos.

Después de terminadas las tareas y como digna coronación del Congreso, para que nada falte y el recuerdo de esta científica contienda sea más grato é impercedero, el historiador ilustre, reconocido universalmente como uno de los primeros y más elocuentes oradores del mundo, el eminente político Sr. Castelar, pronunció un bellissimo discurso, cuya forma brillante, adornada con todas las galas de la oratoria, con imágenes sublimes y raudales inmensos de poesía, entusiasmó al auditorio de tal manera, que los aplausos repetidos impedían al gran artista concluir aquellos magníficos períodos llenos de armonía, de animación y de entusiasmo.

La familia, la religión, la patria, el niño, la madre y el maestro: hé ahí la síntesis de la oración más acabada que ha pronunciado el más fecundo de los oradores contemporáneos, cuyo auditorio no podía ocultar la emoción de entusiasmo que le producía la palabra mágica del elegante poeta, del filósofo profundo y del hombre de ciencia más admirado de los extraños que de los propios.

Los períodos que consagró á los dulces sentimientos de la madre, á su ternura para con el hijo y á la unión misteriosa de estos dos seres, unión que no puede separar ni aun la muerte, le valieron un triunfo en cada pensamiento, y una lluvia de aplausos al terminar los períodos.

Ensalzó la misión del magisterio de una manera extraordinaria, casi divinizándola, y decía que entre todos los títulos del Salvador del mundo, el que más le caracterizaba y engrandecía era el de Divino maestro, porque su misión en la tierra no tuvo otro objetivo que enseñar á todo el mundo su doctrina.

Tratando de la educación del párvulo, se declaró partidario de la mujer, cuya ternura de sentimientos se identificaba mejor con la delicadeza del niño; y por último, en períodos brillantísimos describió las grandezas de la religión cristiana, aconsejando, sin embargo, la tolerancia con todas las religiones; declarándose libre pensador, y manifestando que el magisterio era el llamado á regenerar el mundo, pero que necesitaba la protección del Estado, el auxilio de las familias y la consideración que hasta ahora no había tenido, apesar de las promesas de todos los partidos políticos. Al terminar su discurso fué objeto de la oración más grande que hemos presenciado. Todo el mundo deseaba aproximarse al Sr. Castelar para tener el gusto de abrazarle y cambiar con él sus palabras. Empresa vana, porque la aglomeración de gente era tal, que no fué posible ni áun verle.

Así terminó la conferencia dada á los maestros por el Sr. Castelar, y así terminó el Congreso Pedagógico sus discusiones, debiendo manifestar, como de paso, que la presidencia, desempeñada por el general Bos de Oiano, por el Sr. Carderera, por el Sr. Sarrafi, por el Sr. Moreno Lopez y otras varias personas, así como también todos los individuos de la mesa, han contribuido con su ilustración y tolerancia al mayor brillo de las discusiones, al mejor éxito del Congreso y á que no haya existido queja alguna por parte de los oradores que han intervenido en los debates.

La clausura del Congreso ha sido una espontánea manifestación de gratitud hácia todos los elementos que han tenido á su cargo la dirección de esta pacífica lucha, fidelísima y verdadera revelación del pensamiento del magisterio que desea por cuantos medios están á su alcance elevar la cultura intelectual y moral de todos sus individuos al grado que reclaman las exigencias de los tiempos modernos.

No se han desatendido tampoco las necesidades materiales, unánimemente reconocidas, como no podía menos de suceder, por los que de una ó de otra suerte ocupan su atención en las cuestiones de la educación popular. Antes al contrario, los primeros oradores de nuestro país, haciendo un paréntesis á la política, han defendido enérgicamente los intereses del Profesorado español de primera enseñanza, llamando la atención de los poderes públicos, hácia esa clase, generalmente oscurecida y digna de mejor suerte por la misión delicada y altamente civilizadora que desempeña en la sociedad.

No olvidarán los maestros estas señaladas manifestaciones de consideración y aprecio que de todas las clases han recibido, lo mismo por parte del Gobierno, que ha facilitado los medios necesarios y dictado medidas encaminadas al mejor éxito, que por parte de la prensa, cuya conducta es digna de alabanza por sus trabajos en pró del Congreso Pedagógico.

El magisterio es agradecido y sabrá demostrar

con su manera de proceder, que es digno de las consideraciones que á sus individuos se les han tributado, dedicando su inteligencia y sus mayores atenciones á la obra del progreso, en cuya tarea han de acompañarle todos los que ansian para la patria días de gloria y de ventura.

EUGENIO BARTOLOMÉ.

EJEMPLOS.

Fué San Francisco de Sales, durante su niñez, de un carácter en extremo iracundo y colérico; más después que reconoció su defecto, de tal manera se aplicó á corregirse, que llegó á ser un modelo de humildad como lo prueba el siguiente hecho.

Un caballero jóven é insolente que aborrecía al Obispo, después de molestarle repetidas veces haciendo estrepitoso ruido debajo de las ventanas del palacio sin lograr su objeto, que era incomodar al que después fué santo, subió á la habitación de éste y vomitó contra él las mayores injurias: el prelado mirando al arrebatado jóven con la mayor tranquilidad no respondió una palabra. El caballero entonces tomando la moderación por desprecio, redobló su insolencia llegando hasta el ultraje. San Francisco permanecía impassible, y cuando el jóven se alejó y le preguntaron cómo había podido contenerse [y callar en tal ocasión: Mi lengua y yo, dijo el santo, hemos hecho un pacto, y nos hemos convenido, en que mientras mi corazón se agite soberbio, ella no dirá una palabra. ¿Cómo podía yo enseñar mejor á ese pobre ignorante á contenerse que conteniéndome?..

* *

Preso el Duque de Lanzún en un estrecho y oscuro calabozo pasaba los días en la más triste soledad. Viendo que una araña salía á cojer las moscas presas en su tela, tuvo la idea de domesticar á la cazadora, y con el tiempo y la constancia lo consiguió. La araña bajaba á comer á la mano del duque, y hacía otras cosas que causaban gran placer al prisionero.

El gobernador de la ciudadela donde estaba preso el de Lanzún era un hombre de los más malos, porque era *envidioso*, y con esto está dicho todo. Un día con la mayor satisfacción mostró el duque su mansa araña al gobernador, y éste, después de echar una mirada de desprecio al insecto, lo aplastó en el suelo con su pié. El duque se irritó mucho, y cuando fué puesto en libertad, se quejó al rey de la acción del gobernador, que con justicia llamó bárbaro.

En verdad, dijo el rey, que un hombre capaz de envidiar á un prisionero semejante placer no puede ser bueno; y aquel mismo día el Gobernador fué despedido de su empleo.

Campistrón, poeta italiano, viajando por el ducado de Parma, fué asaltado por unos ladrones, que le robaron hasta los vestidos: bien aporreado, y casi desnudo el poeta, se refugió en una cercana aldea, donde un buen abate, cuyo nombre diremos después, no sólo le socorrió generosamente con alimento y vestidos, sino que le dió dinero para continuar el viaje.

Pasaron algunos años.

Italia sufría el azote de la guerra.

El Duque de Vandome, y su secretario Campistrón llegaron una tarde á las cercanías de la aldea donde vivía pobre y humilde el abate que socorrió al poeta; y como el Duque necesitara de un hombre conocedor del terreno, Campistrón se acordó de su bienhechor. Llamaron al cura, el cual, de tal manera se portó en presencia del noble señor, que éste le hizo su limosnero. El buen eclesiástico siguió al Duque á España; aquí se ganó la confianza de la princesa de los Ursinos. Murió Vandome y el abate fué nombrado agente del Duque de Parma en Madrid. Manejó el matrimonio de una princesa de su tierra con Felipe V; entró en el Consejo de Estado y fué cardenal y primer ministro de España.

Ahora bien: ¿queréis saber el nombre del pobre abate, elevado por una buena acción á las mayores dignidades? Pues se llamaba Alberoni.

MÁXIMAS Y PROVERBIOS.

Una onza de discreción vale más que dos de talento.

No hay mayor orgullo que el del pobre enriquecido.

Los malvados son como los sacos del carbonero: se tiznan los unos á los otros.

El avaro es semejante á un perro en un camino, que enseña á todos los dientes.

El trabajo es la mano derecha de la fortuna, y la frugalidad su mano izquierda.

El juego nos roba tres cosas excelentes: el dinero, el tiempo y la conciencia.

Perdona á todos y nada á ti mismo.

Más vale vergüenza en el rostro que delito en el corazón.

No hay mejor espejo que un buen amigo.

La verdad es como el aceite: anda siempre encima.

Se necesitan muchas arrobas de tierra para enterrar la verdad.

REAL ORDEN.

Ilmo Sr.: Consultado el Patronato general las escuelas de párvulos acerca de la forma en que debe verificarse el ingreso para estudiar las materias necesarias á fin de obtener el título de maestras de párvulos, creado por Real decreto de 17 de Marzo último, informa lo siguiente:

«Evacuando el Patronato general de las escuelas de párvulos la consulta que V. E. se ha dignado hacerle sobre la forma en que debe realizarse el ingreso para el año próximo en el curso normal de maestras, creado por Real decreto de 17 de Marzo último, considera que la enseñanza de este futuro profesorado debe ser tan práctica como su fin requiere, más que una instrucción mecánica y excesiva en pormenores, mostrar una sobriedad y solidez tales, que despierten el espíritu y estimulen su espontáneo desarrollo; una cultura moral y afectiva tan profunda, pura y delicada como lo demanda el carácter de la mujer y de estas funciones; una educación física y social que responda al desenvolvimiento de la salud, nobleza de inclinaciones y hasta de maneras en personas llamadas á dar en todo ejemplo; entiende, en fin, que la dirección completa del nuevo curso normal debe aspirar á fortalecer la vocación de las alumnas al magisterio de la primera infancia: cualidad que el Patronato reputa la más excelente de todas, suprema garantía de las demás y mérito suficiente para obtener la investidura de aquel ministerio de amor y sacrificio. Semejantes resultados no se obtendrían quizás en el breve espacio de un solo año si desde el ingreso no se exigiera á las aspirantes cierto grado de cultura, reducida en cantidad, pero de calidad tan rigurosamente probada, que pueda ser garantía casi segura de futuro aprovechamiento. Sería éste dudoso, á pesar de todo, si no se procurara que la enseñanza fuere lo más individual posible, y para ello debería limitarse á 20 por ahora el número de alumnas admisible; medida que por otra parte aconseja la necesidad de no despertar esperanzas de colocación superiores á las que permite el reducido número actual de escuelas de párvulos. Con el propósito, en fin, de tener una seguridad más de las simpatías de las futuras maestras hácia los niños y de que con el aprendizaje de la vida poseen cierta madurez de juicio y circunspección en la conducta, aunque sin menoscabo de la necesi-

ria flexibilidad de espíritu que requiere su preparación, debe establecerse que no puedan ingresar las que no lleguen ó pasen de cierta edad.

Teniendo, pues, en cuenta estas consideraciones, el Patronato cree que el ingreso debiera verificarse con arreglo á las siguientes disposiciones:

1.ª Para ingresar en el curso será necesario probar los conocimientos siguientes: Lectura, Escritura, Análisis gramatical, Aritmética, Geografía, y con especialidad la de España, Geometría y Dibujo lineal, Historia natural, Física, Principios de Religión y de Moral, todas con la extensión propia de la enseñanza primaria superior; y además Nociones de Pedagogía (1).

2.ª Para esta prueba habrá dos ejercicios, uno escrito y otro oral. Consistirá el primero en exponer brevemente un tema de Pedagogía, igual para todas las aspirantes y sacado á la suerte. Su exposición se hará por escrito, sin libros ni comunicación y en el espacio de tres horas. Cada aspirante leerá después su trabajo ante el Tribunal, al cual lo entregará para que, además de su fondo y redacción, pueda examinarlo caligráfico y ortográficamente. Terminado este ejercicio, el Tribunal deliberará privadamente y votará en público sobre la admisión al segundo.

3.ª Este se compondrá de dos partes: consistirá la primera en Lectura y Análisis gramatical; y la segunda en contestar á dos preguntas, entre tres sacadas á la suerte, de cada una de las demás asignaturas, ménos la Escritura y la Pedagogía.

4.ª Terminado este ejercicio, el Tribunal deliberará y votará en la forma ántes dicha, no sólo la aprobación ó reprobación de la aspirante, sino el lugar que en el primer caso haya de ocupar según su mayor ó menor mérito en la lista, cuyas 20 primeras aspirantes serán nombradas alumnas del curso.

5.ª El Tribunal deberá componerse de la Directora de la Escuela Normal de maestras, de los dos profesores del curso y de otros dos individuos designados por el Patronato.

6.ª El número de alumnas no podrá en el año académico inmediato exceder en manera alguna de 20 éstas no podrán pasar de 30 años de edad, ni tener ménos de 18.

7.ª El ingreso se solicitará de la Dirección de la Escuela Normal de maestras, en la primera quincena de Setiembre, y la matrícula se hará en la misma

forma y abonando los mismos derechos que las alumnas de dicha Escuela.

Madrid 17 de Junio de 1882.—Por acuerdo del Patronato general de las escuelas de párvulos, Presidente Víctor Balaguer.—Secretario, Joaquín Sama.

Y conformándose S. M. el Rey (Q. D. G.) con el preinserto dictámen, se ha servido resolver como en el mismo se propone.

De Real orden lo digo á V. I. para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 28 de Junio de 1882.—Albareda.—Sr. Director general de Instrucción pública.

Muy en breve se fundará en Albacete un importante colegio de primera y segunda enseñanza, que dirigirá su propietario el ilustrado Sr. D. Joaquín Jorge y Baus, quien, según nuestras noticias, se propone adoptar el sistema froebeliano en la sección de instrucción primaria de su Establecimiento.

El Sr. Baus cuando visitó los «Jardines de la Infancia», que aquí en Madrid costea el Estado, pudo convencerse de los brillantes resultados obtenidos en tan beneficiosa Escuela, siendo esta seguramente la causa, de que con gran entusiasmo se decida ahora á plantear en su colegio, sin perdonar ningun genero de gastos, el referido sistema.

El día 6 del corriente terminaron los exámenes en las Escuelas de Comercio, Telegrafía é Institutrices, favoreciendo todos estos actos con su asistencia un público inteligente y numeroso, que ha podido apreciar los verdaderos y notables adelantos de las alumnas pertenecientes á dichas escuelas.

En el próximo Setiembre se verificarán los exámenes extraordinarios y ultimados éstos, la apertura del nuevo curso, en el cual esperamos ha de ser todavía mayor que en los años anteriores el número de alumnas.

Felicitamos cordialmente á Profesores y discípulas por el brillante resultado de los mencionados ejercicios.

MADRID: 1882.

IMPRESA DE DIEGO GARCÍA NAVARRO.
Juan de Dios, número 1, principal.

(1) Tenemos entendido que en el cuadro de las asignaturas del examen de ingreso, debía figurar también la *Historia*, y con especialidad la de España, que sin duda por omisión involuntaria no se ha incluido en aquél.